

Fiesta de la sagrada Familia de Jesús, María y José C2024

Quiero comenzar esta homilía contándoles la historia de un padre y su hijo. Un día, un padre llegó a casa del trabajo. A diferencia de todos los días, el hijo lo saludó con una pregunta: "Papá, ¿cuánto ganas por una hora?" Sorprendido, el padre no pudo responder a una pregunta tan privada que sólo él y su esposa saben... Simplemente lo ignoró. Pero el muchacho insistió en saber, ¿cuánto ganaba por una hora? Un poco molesto, el padre dijo: "Veinte dólares".

Bien, el muchacho continuó: "Por favor, ¿me prestas diez dólares?" Ante esta pregunta, el padre se enojó y lo mandó a dormir. En su propia cama, el padre se sintió culpable por no darle a su hijo el dinero que quería. Quizás el hijo necesitaba comprar algo importante. Finalmente, se levantó y fue a la habitación de su hijo y le dio diez dólares.

Una vez que el muchacho recibió el dinero, metió la mano debajo de su almohada y sacó diez dólares más. "¡Ahora tengo suficiente! ¡Ahora tengo veinte dólares!", le dijo el muchacho a su padre. "Papá, ¿podrías venderme una hora de tu tiempo?"

Una historia extraña, pero expresión de la verdad que la fiesta de la Sagrada Familia de hoy quiere hacernos tomar conciencia, es decir, que tenemos que invertir más tiempo en nuestra vida familiar. Tenemos que mirar a la Familia de Jesús, María y José en busca de inspiración, ejemplo y estímulo para nuestra propia realidad familiar en el mundo de hoy.

Nuestra vida en este mundo, así como nuestra historia, es un don de Dios. Nuestros hijos, así como todo lo que tenemos en este mundo, provienen de Dios, como una gracia. Mantener tal afirmación debería llevarnos a considerar a la familia humana como una peregrinación de fe y un lugar de acción de gracias.

Como se describe en la primera lectura, Elcaná y su esposa Ana consagraron a su hijo Samuel al Señor, en el templo; porque entendieron que era un don de Dios. Esto también es cierto para María y José cuando llevan a Jesús a Jerusalén para la peregrinación anual y el día de oración.

Para agradecer a Dios por haber escuchado su llanto mientras era estéril, Ana y su esposo dejaron que Samuel sirviera al Señor en su templo y se convirtiera en su siervo. Más que una simple obediencia a la ley de Moisés que recomendaba que el primogénito fuera consagrado al Señor, hay un acto personal de fe y testimonio de la verdad de que el dador del don, Dios, es digno de recibir lo más precioso del mundo para alguien, como un hijo único.

De la misma manera, al llevar a Jesús a Jerusalén para la peregrinación, María y José afirman su fidelidad a la tradición que transmiten a su hijo. Pero, al mismo tiempo, se dan cuenta de que el niño tiene que tomar su propio camino, independientemente de lo que ellos esperarían. Así, cuando, angustiados y preocupados, encuentran a Jesús en el templo, se sorprenden al oírle decir que debería estar en los negocios de su Padre.

El Evangelio de este domingo tiene un mensaje fuerte para nosotros. Nos enseña que los padres tienen la responsabilidad y la obligación de introducir a sus hijos en la plenitud de la vida, incluida la vida espiritual, para que en el futuro sean buenos ciudadanos en la sociedad y buenos cristianos en la Iglesia.

Sin embargo, reconocer que los hijos son un don de Dios significa también que pertenecen principalmente a Dios y no a sus padres. Por eso los padres deben reconocer la libertad de

sus hijos y ayudarlos a tomar buenas decisiones para el futuro, incluida la opción por la vida religiosa.

Respetar la elección de los hijos es respetar su identidad y dejarles llegar a ser lo que Dios quiere que sean. Sin embargo, no debemos olvidar que no hay mejor enseñanza que el ejemplo que damos.

¿Cómo pueden los padres dar una buena educación a sus hijos, incluida la educación cristiana, si no viven lo que enseñan? La sabiduría, la edad y la gracia en las que Jesús avanzó las recibió primero en su propia casa, antes de reforzarlas a través de la interacción con el medio público y los estudiosos de la sociedad.

Al recordar este hecho, no es mi intención culpar a los padres, como si no hicieran lo suficiente por sus hijos. Como maestro y educador, conozco las muchas dificultades que tienen hoy los padres para la educación de sus hijos, especialmente en relación con la evolución de nuestra cultura. Conozco el sufrimiento que experimentan muchos de ellos al ver a sus hijos tomar un camino que es totalmente opuesto a lo que han recibido como educación en la familia.

Mi intención, sin embargo, es llamar nuestra atención sobre el hecho de que cuanto más graves son estos desafíos, más tenemos que orar continuamente por nuestros hijos para que el Señor los guíe por los caminos correctos de la vida. Debemos esperar siempre los días de gracia y de visitación del Señor. Recordad el ejemplo de Santa Mónica, madre de San Agustín, que pasó toda su vida rezando por la conversión de su hijo. En la crisis de vuestros hijos, tomadla como ejemplo.

No olvidéis que una familia que se esfuerza por vivir su compromiso con fidelidad y amor es siempre un refugio fuerte para los hijos. Una pareja que se esfuerza por vivir fielmente sus votos poniendo a Jesús en el centro de su vida y a pesar de los posibles problemas y conflictos, es capaz de atravesar las tormentas de la vida con la cabeza fuera de las aguas.

Hoy la institución del matrimonio y la familia están en crisis. El primer signo de esa crisis es el divorcio, y las primeras víctimas son los hijos. ¿Cómo podemos hacer que nuestras familias sean estables? Sigo creyendo que una familia cuya vida se basa en una fe sincera y en la práctica de la palabra de Jesús es capaz de resistir a la tentación del mínimo esfuerzo y de la mínima resistencia que caracteriza a nuestro tiempo y a nuestra cultura. Sin huir de los conflictos, que son inevitables, se puede llegar a ser fuerte, como María y José, y tener la fuerza interior y la sabiduría que ayudan a sostener y vivir de otro modo la realidad de la familia.

¡Que la celebración de la Sagrada Familia nos lleve a orar por la unidad de nuestras familias! ¡Que los padres bienaventurados intercedan por los hijos cuyos padres están separados! ¡Que los padres encuentren alegría en la realización del proyecto de vida de sus hijos! ¡Que Dios toque hoy los corazones de todos los hijos que han abandonado a sus padres y no se preocupan por ellos! ¡Amén!

1 Samuel 1: 20-22, 24-28; 1 Juan 3: 1-2, 21-24; Lucas 2: 41-52



Fecha de la Homilía: el 29 de Diciembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20241229homilia.pdf